

Lo que los huesos nos cuentan.

En la prehistoria, además de las herramientas de piedra, los humanos también utilizaron huesos de animales para la realización de diversos trabajos cotidianos. Estos huesos denominados “percutores”, son el resultado del golpeo de huesos largos de ungulados, como por ejemplo ciervos, gamos o bisontes, dando lugar a piezas con un tamaño variable que concentran las marcas de la percusión en uno de sus extremos o en ambos. La percusión en una determinada superficie, principalmente materiales duros, deja una serie de marcas en la parte externa del hueso, como se muestra en la fotografía.

Estos percutores son reciclaje directo de los huesos de animales previamente consumidos y rotos para extracción de la médula ósea, aunque también fueron realizados sobre otro tipo de materiales como astas de ciervo o madera, aunque de estos últimos no tenemos referencias arqueológicas.

Con la ayuda de microscópicos y lupas binoculares somos capaces de identificar las marcas en los huesos consecuencia directa de la percusión, y de esta forma entender los procesos tecnológicos de los grupos de cazadores-recolectores, cuál era la funcionalidad de sus acciones y de qué forma esto nos aporta más información sobre las sociedades del pasado.

Aunque los neandertales utilizaban los percutores en hueso de forma habitual para tallar instrumentos en piedra a lo largo de toda Europa, algunas de las evidencias más antiguas de percutores las encontramos en el nivel TD10 de la Gran Dolina de Atapuerca (Burgos) o la cueva de Qesem (Israel), ambos yacimientos arqueológicos con cronologías en torno a 400.000-300.000 años antes del presente.

